

ISLA 10



colección
testimonio

SERGIO BITAR

ISLA 10

10ª EDICION



INTRODUCCION

Cuando terminé de dictar esta crónica, después de recuperar mi libertad, sentí un enorme alivio, como si descargara un gran peso de mi espíritu. Había terminado el periodo más trágico de mi vida; había pasado por una experiencia que jamás imaginé podía darse en mi patria, y después de ella sentía el imperativo, la necesidad de transmitir esa vivencia. Aunque la leyera solamente una persona, era mi deber describir y alertar.

Los acontecimientos relatados abarcan desde septiembre de 1973, hasta fines de 1974, año en el cual compartí las duras condiciones de los campos de concentración chilenos, junto a un grupo de altos funcionarios del gobierno constitucional del Presidente Salvador Allende.

Cuando fui obligado a abandonar mi país a fines de 1974, me encontraba conmovido. No había logrado integrar a mi mente el significado de lo que acababa de suceder. No tenía claro mi futuro: sólo aspiraba a volver a vivir. Salí de Santiago el 14 de noviembre de 1974, camino a Boston. Desembarqué primero en Washington.

Ahí me esperaban algunos amigos norteamericanos que habían

ayudado para conseguir mi libertad. Al día siguiente me reuní con Radomiro Tomic, quien entonces vivía allí. Quería saber de su hija y de su yerno -Felipe Ramírez-, que había permanecido detenido conmigo.

Recuerdo que comencé a descargar mi memoria y relatar nuestra prisión. Tomic escuchaba. Después de un par de horas me dijo: «Sergio, usted debe escribir esto que me cuenta, y debe hacerlo ahora. Después se pierde la intensidad de lo vivido».

Más tarde partí a Nueva York. En el aeropuerto me esperaba Orlando Letelier, que había sido liberado dos meses antes. Recuerdo aún su rostro y las lágrimas que derramamos al abrazarnos y sabernos libres y vivos. Le conté que quería registrar las experiencias de Dawson e intercambiamos ideas.

El año 1975 permanecí en la Universidad de Harvard, en Boston. Allí, todos los días, a la vuelta del trabajo, dicté sistemáticamente a una grabadora el relato de mi vida en prisión. Mi esposa, Kenny, con esmero y emoción, fue transcribiendo cada cinta. Así, todo quedó archivado. Pasaron casi diez años, pero me sentía tranquilo, porque sabía que ahí estaban las páginas con mi historia.

En 1984 se autorizó mi regreso a Chile. Terminado el exilio, debíamos reordenar nuestras vidas y traer a Chile lo que nos era más querido. Resolví revisar las 300 carillas y pasarlas a un computador. En Caracas le pedí ayuda a Virginia Vidal para hacerlo. Mientras transcribía, varias veces ella me consultó algún incidente que no estaba claro o algún dato que faltaba. Entonces me

ocurrió algo inesperado: releía las páginas y el recuerdo inicial era muy borroso, sólo paulatinamente iba retornando a mi memoria. A ratos era como si el texto lo hubiera escrito otro. Curioso cómo la mente apaga aquellos recuerdos que podrían dificultar su funcionamiento...

En 1986 iniciamos su revisión final. Juan Andrés Piña asumió la difícil tarea de pulir aquellos textos dictados. Los revisamos conservando su espíritu original y su estilo de crónica. Si algún cambio mayor realizamos, fue reducir el tono apasionado, algunas expresiones cargadas de ineludible emotividad. Con el correr de los años, esa pasión se va desvaneciendo, para quedar con toda su fuerza, desnudos de adjetivos, los hechos mismos. Pero a pesar de su pulimiento, este libro sigue siendo fiel a aquella primera versión dictada en 1975.

Pensé mucho si publicar esta crónica en los tiempos que corren: uno no sabe dónde está el límite entre la prudencia y la cobardía, entre el coraje y la irresponsabilidad. Por sobre todo, creo que es un testimonio útil y siento el deber de publicarlo.

Me ha movido el amor a mi país, y me anima la defensa de la dignidad de cada hombre y mujer. No es posible avalar con el silencio la injusticia y la tragedia que vivimos.

Mi generación nació y vivió en democracia y nos parecía que ello estaba asegurado para siempre. Pero en todas las sociedades subyacen fuerzas negativas, del egoísmo y la destrucción, capaces de acciones inhumanas.

Es el deber de todos los chilenos evitar que se repitan los sucesos

que aquí se relatan, para asegurar las libertades de todos. Yo no quiero que mis hijos vivan algo similar. Ello sólo es posible esclareciendo los hechos y haciendo justicia.

Este testimonio es también una expresión de solidaridad con quienes compartí mi prisión de Dawson, así como una modesta contribución y reconocimiento a los miles de chilenas y chilenos que más han sufrido en estos años.

A mi esposa le debo la mayor gratitud. A su apoyo y estímulo permanentes compartiendo este doloroso periodo, se agregó su trabajo cuidadoso y persistente para hacer posible esta crónica. A ella está dedicado este libro.

S.B.

Octubre de 1987

ESCUELA MILITAR

EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973, cerca de las ocho de la mañana, recibí el llamado telefónico de un compañero de partido. Me comunicaba con gran nerviosismo que el desplazamiento de tropas en el centro era considerable: se estaban cercando las calles. Me advertía que por ningún motivo bajara hasta ahí. Por lo que él podía apreciar, el movimiento confirmaba la existencia de un golpe total al gobierno. En pocos segundos me ratificaba lo que durante meses se sospechaba podría ocurrir.

Fue tan difícil reaccionar en ese momento. Parecían acontecimientos que escapaban a toda posibilidad de transformarse en una realidad. Nos habíamos acostumbrado -como sustentando una mitología- a pensar que en Chile jamás podrían acontecer sucesos de tal naturaleza.

Teníamos la convicción de que nuestro país era inmune a los golpes sangrientos como el que estaba llegando a su culminación.

Existía la seguridad de que las instituciones democráticas eran suficientemente flexibles y que siempre habría alguna instancia pública a través de la cual se podrían superar los conflictos. Sin embargo, toda esa mitología que empapó nuestras vidas, nuestra manera de pensar, nuestros análisis políticos, caía por tierra. Una vez más se confirmaba que si la tensión social y la lucha para transformar la sociedad alcanza los niveles a que estaba llegando en nuestro país, es imposible marginarse del problema central del poder, que en ese momento era el problema militar.

Por eso, aquella mañana reaccioné de manera difusa. No tenía claro cómo actuar. Recordaba los acontecimientos del pasado 29 de junio*, cuando había ocurrido algo semejante en las primeras horas del día. Ese intento de golpe había sido neutralizado por los propios militares.

El 11 de septiembre tenía una reunión en la Corporación de Fomento. En un primer impulso quise ir al centro y continuar con mis actividades, alentando acaso la esperanza de que de una u otra forma este golpe también fuera frustrado. Sin embargo, al encender la radio pude apreciar la magnitud del suceso: muchas emisoras ya no transmitían, mientras otras -creo que la Magallanes- informaba con desesperación que estaba siendo bombardeada por aviones, de manera que ése era su último mensaje, el poster intento de comunicación con alguna autoridad de gobierno. Al mismo tiempo empecé a oír en la calle los primeros gritos de euforia de alguna gente del barrio. Un barrio de clase media alta, que festejaba la caída del gobierno y alegremente empezaba a

juntarse. Intuí que en semejantes ocasiones el descontrol y la pasión pueden adquirir caracteres dramáticos, sobre todo con los partidarios del régimen impugnado, de manera que temí por los niños. Mi primera reacción fue sacarlos rápidamente de la casa y llevarlos a otro lugar.

En el trayecto en automóvil seguí informándome por la radio de que la situación era cada vez mas desesperante. Las noticias terminaban con las últimas palabras del Presidente de la República. Palabras de trágica belleza, reveladoras de un momento definitivo en que él sabía que se enfrentaba con la muerte. En ese mismo instante ratificaba su profunda convicción en la necesidad de la transformación social para alcanzar el bienestar del pueblo y reafirmaba su fe en los valores fundamentales del hombre, de la justicia, de la libertad y la igualdad.

Los miembros de su gabinete habíamos acordado que, en una emergencia de esta naturaleza, cada uno se dirigiría a un lugar resguardado donde pudiera estar protegido en el caso de algún tipo de conflicto prolongado, y mientras no se aclarara definitivamente la situación. Es así como esa mañana me dirigí a la zona de La Florida, donde me instalé en casa de gente conocida, me ubiqué en un dormitorio y pude apreciar la vida de la población en esos momentos. El miedo había cundido aceleradamente. Los aviones concentraban su vigilancia sobre las radio-emisoras, atacando y bombardeando desde el aire sus antenas. Algunas seguían funcionando con sus equipos de emergencia, cuando ya habían sido silenciadas sus plantas transmisoras. La población

donde me encontraba estaba situada muy cerca de una antena de radio. Los bombardeos se oían desde la mañana. Los aviones pasaban a muy baja altura, con un ruido ensordecedor, sembrando el pánico entre niños, mujeres y hombres. Ese día se impuso el toque de queda muy temprano. Durante toda la jornada se escucharon los tiroteos en la población.

Más dramáticos eran los acontecimientos que íbamos siguiendo por radio. A cada momento se tornaba más confusa la situación, aumentada por el acallamiento de casi todas las emisoras. Las nuevas transmisiones se habían iniciado de modo estentóreo a través de una radio propiedad de la FF.AA.

Alrededor de las once de la mañana escuché que le daban un plazo al Presidente para que se rindiera. No se entendía claramente en qué consistía esa rendición. La imagen que proyectaban las radios, ya controladas por los oficiales que encabezaban el levantamiento, era que habría resistencia en La Moneda, lo que era imposible, por lo que la acción de los responsables -atacar por el aire el Palacio de Gobierno- era una reacción bélica sin proporción alguna.

Le comunicaron al Presidente que de no abandonar La Moneda, sería bombardeada. Entonces no pude menos que recordar las palabras que tantas veces le había escuchado a él, y con mayor razón aún, las que había pronunciado el día anterior, durante un almuerzo que tuvimos con algunos ministros y ex ministros: su propósito era evitar la guerra civil. Lo dijo, lo enfatizó y lo mantuvo hasta el final. No quería ver correr sangre entre chilenos. También reiteró que iba a permanecer en su cargo hasta el fin. Si la Unidad Popular

caía derrotada, él se iría con su gobierno y su proyecto histórico. De modo que yo tenía el convencimiento de que si se producía el bombardeo, el Presidente no quedaría con vida. El ataque se efectuó a las doce del día. Desde la población se escuchaban las bajas en picada de los bombarderos. Esto no fue comentado por las radios.

Mencionaban, sí, otros asuntos. Pedían a la gente que se quedara en sus casas, señalando que la situación estaba bajo control. Alrededor de las dos o tres de la tarde, entre informaciones diversas (muchas consistentes en llamadas a extranjeros y algunos dirigentes políticos a presentarse ante las nuevas autoridades) y declaraciones de civiles dando su apoyo Al golpe militar, se entregó en forma escueta la noticia de la muerte del Presidente. Suscintamente se anunció por radio -creo recordarlo textualmente: “A las dos de la tarde, al ingresar las Fuerzas Armadas al Palacio de Gobierno, se encontró el cuerpo sin vida del señor Allende”. A renglón seguido, sin comentario alguno, recuerdo que se oyó la voz de varios dirigentes gremiales y políticos señalando que la patria había sido liberada y que de una vez por todas el pueblo chileno pudo escapar al gobierno totalitario de la Unidad Popular.

Así ocurrieron los primeros hechos. El impacto emocional provoca, obviamente, una crisis inconmensurable. Mucha gente del pueblo, como los que me acompañaban, no comprendía esa noticia, no la captaba en su real magnitud. Más aún: por mucho tiempo después, había quienes creían que el Presidente todavía se encontraba con vida y que en algún momento vendría a liberarlos.

Pero allí terminó todo.

Mientras, seguían leyendo interminables listas de extranjeros de todas las nacionalidades y de políticos de izquierda, llamándolos a presentarse. Nadie tenía aún noción de la magnitud de los actos que iban a producirse. Como supimos después, varios de los extranjeros que se presentaron a estos llamados desaparecieron o fueron hallados sin vida. Otros apenas alcanzaron a escapar.

Así transcurrió el día 11: estremecido por estos sucesos y sin tener conciencia clara de qué se trataba. Intenté captar alguna noticia desde el exterior por onda corta o alguna radio argentina para tener mayor claridad sobre lo acontecido. Siempre mantuve la esperanza de que hubiera algo, alguna fuerza, tal vez hasta de origen divino, que pudiera interponerse y hacer irreales estos hechos. Las lágrimas acudían a los ojos permanentemente. Oscureció y empezaron las ráfagas de ametralladora en la población, integrada por casitas de tabiques delgados, de latón o madera, que cualquier disparo podía atravesar dando muerte a sus ocupantes. La gente estaba aterrorizada, tendida en las camas o en el suelo.

Por las radios seguían transmitiéndose los bandos y anunciando que existían ciertos focos de resistencia en algunas zonas de Santiago y que se avanzaba sobre ellos, en especial las fábricas de los cordones Cerrillos y Vicuña Mackenna* y algunos campus universitarios, como el de la Universidad Técnica del Estado**. Se ad-

* *Cerrillos y Vicuña Mackenna*: zonas perisféricas de Santiago donde se agrupan numerosas industrias, con la consiguiente actividad sindical.

** *Universidad Técnica del Estado (UTE)*: Actual Universidad de Santiago (Usach).

vertía que el personal de las FF.AA. sería implacable, y quien ofreciera algún tipo de resistencia sería ejecutado en el acto. Hasta el día siguiente, en que se reanudaron las informaciones radiales, sólo tuvimos noticias de muchos chilenos que caían muertos.

El día 12, muy temprano, pedí a una de las personas en cuyo hogar me encontraba, que llamara por teléfono a mi casa para saber cómo se hallaba mi familia y si había alguna novedad. Se me comunicó que habrían escuchado en un noticiero, a las siete de la mañana, el Bando 19, donde llamaban a un nuevo grupo de personas a presentarse en el Ministerio de Defensa. Entre los nombrados figuraba yo. Al principio creí que se trataba de algún error o confusión, pero en el curso del día pude comprobar que esa noticia era veraz: se daba plazo hasta las seis de la tarde del día siguiente para que los llamados se presentaran. De lo contrario, serían perseguidos hasta ser ubicados y detenidos.

Pasé una noche tensa. No sabía qué hacer. Carecía de toda información. La primera reacción de cualquiera que siente que ha actuado con transparencia y honestidad, sirviendo valores justos - aun cuando pudiera haberse equivocado en la ejecución de algunas políticas-, es la de afrontar sus actos, pensando que los principios inspiradores de su propia vida y de las de quienes lo han rodeado, son valores comunes para todos. Dudé bastante. Recuerdo hasta haber soñado que podría tratarse de un asunto que se prolongaría meses, en vez de días, como parecía deducirse de la forma en que se nos llamaba a presentarnos.

Al día siguiente, muy de mañana, me dirigí a un teléfono públi-

co, pese a estar aún vigente el toque de queda, y conversé directamente con algunos amigos y mi familia. La reacción de Kenny, mi esposa a quien habían llamado para ofrecerme asilo en algunas embajadas fue decirme que la decisión era mía, pero que creía conveniente presentarse: no habiendo nada de que arrepentirse, nada había que temer. Seguramente, ella también sospechaba que de no presentarme, y si las embajadas estuvieran cerradas, sería perseguido y, en caso de ser encontrado, correría riesgo de muerte. También me comentó que en el Bando 19, a pesar de venir las personas requeridas en orden alfabético, a mí me habían nombrado al final, como si lo hubieran agregado al último minuto. Más tarde, al verlo escrito en los periódicos, descubrimos que eso se debió a que escribieron mi apellido con V, en vez de B. De las llamadas telefónicas a distintas personas, obtuve opiniones muy diversas. Por un lado se estaba haciendo contacto con algunos militares, quienes aseguraban no había nada que temer y lo más probable, según ellos mismos, era que el grupo de dirigentes de la Unidad Popular que se presentara sería reunido y expulsado del país. Según otros, la situación era menos clara, pues no habían logrado tener acceso a niveles más altos, a gente que horas antes eran amigos y se suponía que hubieran podido responder a estas interrogantes. Existía confusión. Muchos de los compañeros que habían sido llamados decían que se iban a presentar. Otros, en tanto, opinaban que era bastante arriesgado. Sin pensarlo mucho y dejando actuar los sentimientos e impulsos de manera espontánea, decidí presentarme.

Esa mañana, después de levantado el toque de queda, llegó mi mujer hasta la población para llevarme a casa. Ahí estuve con los niños. Mi padre se encontraba fuera de Chile en ese momento. Llegaron algunos amigos muy atemorizados, sin entender a cabalidad, e incapaces de darme una opinión o consejo. En semejantes circunstancias, son pocos los que están capacitados para ello o que se atreven a asumir la responsabilidad de orientar.

Así fue como, después de permanecer unas horas en la casa, fui llevado por mi esposa y mi madre al Ministerio de Defensa, con alguna ropa para pasar los breves días que, en un principio supuse, duraría esta situación. Más tarde sabría que minutos después de que yo salí de mi casa, algunos amigos pasaron por ahí para advertirme que no me presentara por ningún motivo, que la escasa información adquirida por distintos conductos coincidía en que esto iba a ser bastante violento: no había que confiar en nada ni nadie. Las declaraciones por radio, informando que se habrían presentado algunos ex ministros, los cuales estaban bajo cuidado y sin problemas, eran falsas.

También llegaron a casa de mis padres uno o dos diplomáticos, diciendo que lo razonable era asilarse, pues según la información que ellos tenían, no había garantías para nadie.

Me presenté, pues, al Ministerio de Defensa, donde ingresé después de recorrer la Alameda vacía, rodeada de militares apuntando en todas direcciones, especialmente hacia los edificios, por temor a los francotiradores. Nos acercamos a la zona del centro,

donde estaba el Ministerio de Defensa. Allí operaba el “estado mayor” del golpe.

Ingresé a ese ministerio el día 13 de septiembre a las cuatro de la tarde. Adentro me encontré con Jorge Tapia, ex ministro de Educación y de Justicia, quien había procedido como yo. Me identifiqué ante un suboficial que se encontraba en la entrada y después de mostrar mi carnet de identidad, le expliqué que había sido llamado por un bando. Fui llevado por él a distintos pisos, donde consultaba para saber qué se debía hacer con un ministro que se presentaba al llamado de las autoridades. Hubo confusión. Me pasearon por el quinto piso, por el sexto. Después tuve que esperar un rato. Finalmente apareció una persona que se identificó como el teniente Zamorano, del Estado Mayor. Este oficial, con sobriedad y mesura, me informó que yo debía ser trasladado a la Escuela Militar, pero que no contaban con un vehículo para tal menester en esos momentos, por lo que tendría que esperar. Le dije, entonces, que mi esposa y mi madre se encontraban abajo, esperando, y que podría dirigirme por mis propios medios a la Escuela Militar. Me respondió que no veía inconveniente y acordamos hacerlo así. Recuerdo que al retirarme, después de esa conversación, había un grupo de civiles y sacerdotes en la puerta de esa oficina, quienes me preguntaron a que partido pertenecía. Cuando respondí que a la Izquierda Cristiana, un sacerdote salió del grupo para saludarme afectuosamente y desearme suerte: que tuviera confianza. Me dio la impresión de que el resto de la gente también pensaba que todos estos hechos se aclararían con relati-

va rapidez y que la situación pronto se normalizaría.

Bajé. Junto con Jorge Tapia, que se encontraba en la entrada, le señalamos a los militares allí instalados, que nos íbamos. Afuera, mis familiares me esperaban nerviosos, sobre todo mi madre. Me contaron que, con posterioridad a mi entrada al ministerio, uno de los soldados de guardia les preguntó qué hacían. Al responder que esperaban a una persona que acababa de presentarse, el les dijo:

-Ah, es muy tarde. Debió presentarse al principio, así es que con seguridad será fusilado...

Salimos y nos dirigimos hacia la Escuela Militar por nuestros propios medios.

Subimos al automóvil. El ambiente era tenso. El sector estaba totalmente aislado, con soldados y tanques rodeando la zona. Nos movimos lentamente, a la vuelta de la rueda, y salimos.

En el camino conversamos con Jorge Tapia. Ninguno de los dos sabía a qué se estaba entregando ni en qué etapa de nuestras vidas entrábamos. Su impresión era, que la atmósfera estaba muy enraizada. Me relató que esa mañana, un cuñado había salido de su casa minutos antes de que finalizara el toque de queda (que en esa fecha se levantó a las doce del día). Fue detenido, golpeado duramente y, en estado semi inconsciente, arrojado a una zanja, en una zona del barrio alto. Recobró el conocimiento y descubrió que se encontraba encima de varios cadáveres.

Pasamos por la casa de Jorge a buscar un maletín con alguna ropa y luego nos dirigimos a la Escuela Militar.

A JUZGAR POR LA CANTIDAD de autos estacionados en las proximidades de la Escuela Militar, había bastante gente ahí. Seguramente muchos eran familiares de los alféreces que tenían la escuela bajo su resguardo, y les llevaban alimentos, mudas de ropa. Nos bajamos, cada uno con un maletín que contenía lo necesario para unos cuatro o cinco días, de acuerdo con las expectativas que nos habíamos formado.

Cuando salí del campo de concentración, después de más de un año preso, mi madre me contaría que, cuando llegamos a la Escuela Militar, yo le habría expresado no tener idea de lo que estaba ocurriendo, pero que aquello bien podía durar uno o dos años. No lo recuerdo, pero si así fue, ello estaría revelando que el cerebro funciona en varios planos, como dos mentes en paralelo: una más fría y racional, que se sitúa fuera de lo subjetivo, y otra, donde domina lo que uno desea sean las cosas.

Nos despedimos, pensando que sería por corto tiempo, pero sin poder disimular la tensión, como presintiendo que nos encontraríamos en la antesala de algo muy grande. Ingresamos caminando. En ese momento corrió hacia nosotros un reportero gráfico, quien nos tomó una fotografía de nuestra entrada a la Escuela Militar. Esa foto aparecería al día siguiente en la primera página de El Mercurio*.

Después, todo el ambiente cambió. Hicimos entrega de nuestros documentos, que nunca más recuperamos. Los militares encargados, cuyos rangos no era capaz de identificar, nos obligaron a ponernos en diversas esquinas, sin derecho a conversar. Nos trataban con tono seco y duro. En esos momentos ingresaba también un muchacho que había sido detenido no sé en qué circunstancias. Algunos uniformados lo pusieron contra la pared, con los brazos extendidos y las piernas abiertas. Lo golpearon para que las separara más. Fue insultado, empujado y después llevado al interior de la escuela.

Esperamos una media hora, mientras eran registrados nuestros antecedentes. Enseguida, en un tono ya mucho más brusco, se nos hizo pasar al interior. Advertimos una especie de gimnasio donde yacían contra el suelo, como en posición bélica, alumnos de la Escuela Militar. Algunos estaban serios, otros bromeaban, como si realmente se tratara de un ejercicio de combate.

* Ver anexo de fotografías.

Subimos hasta el último piso del recinto, a una amplia sala que comunica con una terraza, donde había un gran número de detenidos. Mi primera gran sorpresa fue ver a varios que en los días 11, 12 y 13 se los daba por muertos o fusilados. Por ejemplo, Aníbal Palma y Daniel Vergara. Fue una alegría encontrarlos vivos, aunque fuera en ese lugar. Me imaginé que hasta ese momento en que yo los veía, sus mujeres tampoco tenían noción del destino por ellos corrido, y estaban sufriendo zozobra por la suerte de sus esposos.

Ingresé y muchos se me acercaron para saber las noticias, ya que se encontraban incomunicados. Simultáneamente manifestaban la felicidad de verse reunidos y vivos. Formamos pequeños grupos y conversamos para saber qué acontecía. Estaban Clodomiro Almeyda, Aniceto Rodríguez, Carlos Briones, Arturo Jirón, Fernando Flores, Aníbal Palma, Hugo Miranda, José y Jaime Tohá, Carlos Jorquera, Edgardo Enríquez, Enrique Kirberg, Patricio Guijón, Carlos Matus, Alfredo Joignant, Osvaldo Puccio, Carlos Morales, Carlos Lazo, Erick Schnake, Miguel Lawner, Orlando Budnevich, Vladimiro Arellano, Daniel Vergara, Miguel Muñoz, Orlando Letelier, Hugo Miranda, Julio y Tito Palestro, Adolfo Silva, Jaime Concha, Hernán Soto y Lucho Matte. Con Lucho me había comunicado antes de presentarme: él se hallaba en la misma duda y me había contado que estaba en contacto con generales amigos suyos, sin haber tenido ninguna respuesta definitiva sobre lo que ocurriría con nosotros.

Todos se paseaban nerviosos. Un televisor estaba encendido y pudimos ver, horas más tarde, la gran tragedia del bombardeo a La Moneda, el momento en que un carro militar partía y al locutor diciendo que allí iban los restos de Allende. Vimos también a José Tohá cuando entraba a La Moneda, instantes antes del bombardeo, y que al ser consultado sobre el golpe de Estado, decía: “Aquí estamos. El pueblo ha elegido a Salvador Allende Presidente de la República por seis años. Este gobierno debe durar los seis años”. Le preguntaron: “¿Qué viene usted a hacer aquí, si este lugar va a ser bombardeado?”. Tohá respondió: “Vengo a estar junto al Presidente. Esa es mi responsabilidad”.

Nuestro ánimo era de gran desconcierto y preocupación por no poder transmitir a nuestras familias la situación en que nos encontrábamos. Algunos oficiales entraban, conversaban, saludaban con cierta normalidad. Solicitamos a un par de capellanes que informaran a nuestras esposas y nos trajeran noticias sobre nuestras familias, si es que había acontecido algo más grave.

Permanecimos ahí desde mi ingreso, el jueves 13, a las seis de la tarde, hasta el sábado 15, a las doce del día. En ese lapso se acercaron grupos de oficiales para relatarnos que habían encontrado en Tomas Moro* y principalmente en Cañaveral* drogas y fotografías pornográficas. Por nuestra relación con el Presidente,

* *Tomás Moro* y *Cañaveral*: nombre que se les dio a las dos residencias habituales del Presidente Allende.

sabíamos que esto era falso. Nos resultaba chocante y nos provocó indignación.

Recuerdo que después se nos hizo formar para ir a acostarnos: tres o cuatro por pieza, sin poder conversar, con las luces apagadas y prohibición de acercarse a la ventana. Nos tendimos sobre las camas y durante toda la noche resistimos la permanente hostilización de los alféreces, quienes entraban a prender la luz, a preguntar nuestros nombres, gritando. Salían y volvían a entrar, zapateaban, inventaban distintas formas de hostigarnos. Durante toda la noche escuchamos una persistente balacera que partía de los pasillos hacia la zona en quedaban nuestras piezas, donde estos muchachos disparaban hacia afuera como repeliendo un ataque o previéndolo.

Esa noche apareció Benjamín Tepliski y luego llegó Héctor Olivares, diputado por Rancagua, quienes alojaron en mi pieza. Ambos, como yo, se habían presentado voluntariamente ante las autoridades militares. Horas más tarde ingresó José Cademártori, quien había sido detenido en casa de unos conocidos, en los alrededores de Santiago

Al día siguiente ocurrió uno de los hechos más curiosos, y que revela la falta de conocimiento por parte de muchos personeros del nuevo gobierno, acerca del objetivo que inspiraba a los conductores de esta operación y que, pienso, eran una minoría dentro de las FF.AA. Como a las diez de la mañana se comunicó que nos visitaría en breve el ministro de Justicia, Gonzalo Prieto, designado la noche anterior -jueves 13-, fecha en que juró el gabinete

en esa misma Escuela Militar. Efectivamente, como a las doce apareció el ministro, acompañado del subsecretario Max Silva. Nervioso, con fría amabilidad, nos pidió tomar asiento. En primer término nos brindó su pésame por la muerte del Presidente Allende y expresó su comprensión por el dolor que sentíamos en tales circunstancias. Sorpresivamente, a continuación comenzó a tratarnos a cada uno de “señor ministro”, y nos dijo lo siguiente: -Yo he venido por cuenta propia, porque esta tarde tenemos la primera reunión de gabinete y quiero conocer su opinión ante una posible salida del país.

La reacción fue diversa, porque algunos, previendo que este asunto podría adquirir mayor violencia, veían la ventaja de la aceptación. Sin embargo, la posición casi unánime fue la de señalar que todo dependería de las circunstancias concretas en que se desarrollaran los acontecimientos en los próximos días. Pero nosotros, que éramos miembros del gabinete o senadores o diputados del Congreso legítimamente constituido, le dijimos que estábamos dispuestos a dar cuenta al país sobre nuestra gestión política y nuestra vida pública. El señor Prieto manifestó que deseaba llevar nuestros puntos de vista más formalizados. Si había distintos matices, que se los planteáramos por escrito para que él presentara nuestra posición de manera más exacta. Después de diversas conversaciones, en las cuales la mayor parte de las personas requirieron ser puestas de inmediato en libertad y poder retornar a sus hogares, se acordó con el señor Prieto que él pasaría a la mañana siguiente, alrededor del mediodía, a retirar el escrito

que nosotros confeccionáramos.

Al día siguiente, Briones y Almeyda trabajaron en el documento, junto con una o dos personas más. Se planteaba que, ante los hechos, estábamos dispuestos a afrontar nuestra responsabilidad, pero dejando una puerta abierta para que, si la situación se volvía violenta, se considerara la posibilidad que abandonáramos el país. Sin embargo, sorpresivamente, minutos antes de terminar la redacción de la hoja para entregarla al ministro de Justicia, se nos dio la orden perentoria de arreglar nuestras pertenencias en el plazo de cinco minutos y formar ante nuestras piezas. Así lo hicimos. Luego nos hicieron bajar.

Entretanto, hay un hecho que conviene relatar. Osvaldo Puccio, secretario de Allende, había sido detenido en el Ministerio de Defensa cuando fue a parlamentar con los generales por encargo del Presidente antes del bombardeo. El se encontraba en La Moneda con su hijo de 20 años, estudiante de derecho, que lo había acompañado esa mañana para cuidarlo, ya que padecía del corazón. En el ministerio, los generales le dijeron a Puccio: “Vuelve tú a La Moneda a contestar al Presidente y no te preocupes por tu hijo. Lo dejaremos aquí y lo enviaremos a su casa”. Sin embargo, cuando fue trasladado a la Escuela Militar, Puccio empezó a preocuparse por su hijo, pues supo que no había llegado a la casa, ni ese día, ni el 12 ni el 13 ni el 14. Recurrió a todos los medios a los que teníamos acceso en esos momentos para averiguar dónde se hallaba su hijo, y pidió que en caso de encontrarlo, lo llevaran a la Escuela Militar para acompañarlo.

Ocurrió que en el preciso momento en que nosotros bajábamos y salíamos de la Escuela Militar -el sábado 15 de septiembre a mediodía- llegó Osvaldo Puccio hijo y formó al lado de su padre, con su ropa y un abrigo que le había prestado uno de los detenidos en el Estadio Chile*, donde lo habían llevado. Insistió en no abandonar a su padre.

Nos hicieron formar frente a un bus y entrar. Allí cambiaron radicalmente las condiciones. Nos reunieron a todos en el centro del bus, que se llenó con alumnos de la Escuela Militar en sus trajes de batalla, con metrallas y granadas. Enseguida nos acostaron en el piso del bus, unos contra otros. Nos advirtieron que cualquier movimiento nuestro iba a ser objeto de disparo. Que ante toda acción dudosa, nuestras vidas corrían peligro y podíamos ser fusilados.

El bus partió a gran velocidad, acompañado de otros vehículos con hombres armados, y recorrió gran parte de Santiago, para dirigirse finalmente al Aeropuerto de los Cerrillos. Entró por uno de los costados y se dirigió al grupo Siete de la Fuerza Aérea de Chile. Al llegar ahí, vimos que el recinto estaba rodeado por una gran cantidad de hombres armados que nos apuntaban. Estábamos frente a un avión y nos hicieron bajar. Nos fueron llamando, uno a uno, y con groserías e insultos nos instaron a descender rápidamente. En el momento de pisar las escalerillas, nos propinaban un fuerte empujón, de modo que la mayoría de nosotros

* *Estadio Chile*: Recinto deportivo en Santiago, ocupado después del 11 de septiembre como lugar de detención.

bajaba a tropezones y algunos caían. Abajo fuimos rodeados por uniformados. Un grupo de ellos tomaba las pocas pertenencias que llevábamos, las volcaba en el suelo y las esparcía. Después nos indicaban con insultos que las recogiéramos y subiéramos al avión. A algunos los increpaban más duramente, diciéndoles: “¿Así que tú querías destruir el país, desgraciado?”. Nos tiraban la ropa, nos rompían los botones y nos empujaban. A cierta distancia pude distinguir a un oficial extranjero que observaba esta maniobra. Recuerdo que entre mis cosas había un block, donde llevaba escritas cuatro o cinco páginas que redacté durante los dos días de permanencia en la Escuela Militar, describiendo hechos y dando algunas opiniones. Como temía que esto pudiera caer en manos desconocidas, las pocas observaciones que hice las escribí con una letra bastante ininteligible, en inglés y francés. Estas páginas fueron arrancadas y llevadas a uno de los oficiales de la Fuerza Aérea que nos vigilaba, quien trató de descifrar lo escrito y no pudo. No se me llamó a explicar lo que ahí decía, pero se me advirtió que no podía escribir ninguna otra cosa.

Subimos al avión. Nuevamente se nos ubicó en el centro, con un hombre con metralleta en mano a cada extremo. Todo el grupo de la Escuela Militar estaba ahí, salvo Carlos Briones. (Hasta más tarde no supimos que había sido enviado a su casa con arresto domiciliario).

Habíamos experimentado un primer shock violento ante el temor directo de muerte, desde el momento que salimos de la Escuela Militar. Después fue en el bus; luego, en el momento de subir al

avión, porque los rumores que habíamos escuchado, de que algunas personas habrían sido lanzadas al mar desde el aire, nos amedrentaban.

Sabíamos que nos dirigíamos hacia el sur, porque alguien escuchó durante el momento previo al embarque que nuestro destino era Punta Arenas. Pero nada más.

En todas estas situaciones, uno vive en un estado de relativa inconsciencia: no sabe efectivamente qué amenaza o qué peligro está corriendo; y si lo sabe, no logra asimilarlo completamente. Simultáneamente, lleva una vida normal. Recuerdo hechos tan curiosos como que en el avión, Enrique Kirberg, rector de la Universidad Técnica, iba haciendo una lista de las cosas que necesitaba y que iba a poder comprar en Punta Arenas, porque allí los precios eran más bajos. Por cierto, la mayoría de nosotros se sorprendía, pero después vimos que uno de los rasgos que caracterizaban a Enrique -que resultaron tan positivos para las situaciones que vivimos- era su optimismo y el aferrarse a problemas mundanos, lo que le permitía sobrevivir con menores riesgos de desequilibrio mental.

Lo mismo aconteció cuando nos visitó el ministro de Justicia. Hubo cosas en el debate que después nos hicieron reír al recordarlas. Por ejemplo, uno que señaló que tenía unas reuniones programadas para esa semana y que debía cancelarlas, por lo que necesitaba que lo dejaran salir. Otro insistió en su obligación de dar clases el lunes, y pidió que en caso de no salir antes de ese día, avisaran a sus alumnos.

El vuelo se realizó sin contratiempos, hasta que aterrizamos en Punta Arenas cerca de las diez de la noche. Nos hicieron descender por una escalerilla, siempre apuntándonos. Era de noche y la zona estaba absolutamente a oscuras, por lo que era difícil vislumbrar las figuras que nos rodeaban. Por otra parte, los focos que iluminaban la zona estaban dirigidos hacia nosotros y nos cegaban. Detrás de estas luces distinguí una hilera de gorras, siluetas de oficiales formados, viendo este espectáculo: todos los ministros, senadores y diputados del gobierno que acababan de deponer. Nos hicieron detenernos en grupos de a dos a la bajada del avión. Nos fotografiaron y luego nos hicieron girar, impidiéndonos mirar de frente a los oficiales que nos observaban. Enseguida, siempre rodeados, se nos hizo caminar hacia un costado del avión. Allí nos acercamos a dos vehículos blindados que tenían unas escotillas atrás. Antes de subir, nos encapucharon. Recuerdo la sensación de ahogo dentro de esa capucha, de estar subiendo a un lugar extraño, sin saber bien de qué se trataba, donde nos apretaban a unos contra otros. Después de un rato se cerró la escotilla y el vehículo se puso en marcha.

Confieso que en ese momento la percepción de algo terrible se hizo agobiante. En plena oscuridad, en un estado de semiasfíxia y apretujados por todos lados, empezó a producirse un ruido intenso y una vibración enorme. Mi sensación en ese momento era de que nos iban a matar, y más tarde, cuando pudimos conversar nuevamente, comprobé que esa impresión la experimentaron todos. En medio de esa estridencia que ensordecía, nos desplazamos

por largos 45 minutos. ¿Adónde nos llevaban? Sólo sabíamos que habíamos aterrizado en Punta Arenas. ¿Sería a un regimiento o base en las afueras, cercano a la cordillera? ¿Se nos mataría en un páramo? ¿Se nos haría descender? Una marejada de pánico se apoderó de nosotros. Curiosamente, sin embargo, en los momentos en que sabía que podía ser muerto, me invadió una sensación de calma. Uno siente que está colgando de un hilo, en la proximidad a la nada.

Se detuvieron los vehículos blindados y se abrieron las escotillas. Nos hicieron bajar uno a uno. Nos sacaron el capuchón. Me hicieron caminar sin que yo viera a ninguno de mis compañeros. No había nadie alrededor. Subí a la cubierta de una barcaza y allí me condujeron por un verdadero vericuetos. En cada vuelta, un marino armado. Me hicieron recorrer esta barcaza y luego pasar a otra y a otra, hasta que llegamos a una en que tuve que bajar a una sala. Era una especie de bodega, donde reencontré a los demás.

Nos fueron trayendo de a uno, en absoluto silencio. Algunos estaban sentados, otros de pie, en tanto marinos con metralletas cuidaban las puertas. Terminó de llegar la gente y apareció un oficial joven, sonriente, que nos habló, intercalando una serie de términos en inglés:

-O'kay, all right . ¿Estamos todos? Bueno: quiero advertirles que aquí no se puede hablar, no se puede conversar, no se puede dormir. Ya lo saben muy bien: nadie puede moverse.

Salió, reapareció, hizo otra serie de observaciones similares. Vol-

vió a salir. En ese momento nos percatamos de que estábamos todos, salvo Daniel Vergara.

La dureza rayana en la brutalidad de algunos oficiales de las distintas instituciones, contrastaba con la deferencia de otros. Muchos reaccionaron con normalidad frente a nosotros. Recuerdo que uno llamó a Kirberg y se puso a conversar con él: deseaba entrar a la Universidad Técnica y le pedía consejos, como rector, aún en esas circunstancias.

Estuvimos allí varias horas, hasta que se empezó a sentir un leve cimbreo de la barcaza y partimos cerca de las once o doce de la noche. El sueño nos empezó a invadir a todos. Aniceto Rodríguez se apoyó sobre una mesa y se quedó dormido. No alcanzó a sumirse en el sueño, cuando un uniformado lo golpeó en las costillas con la metralleta y lo increpó: “No se puede dormir, ¡está prohibido!” En esos momentos, la primera reacción nuestra todavía era automática, sin asumir la nueva situación. Se explica entonces cómo Aniceto, senador de la república, replicara instintivamente. Pero después recapacitó y se quedó en silencio.

Nos transportaron en ese barco sin que pudiéramos hablar, ni movernos ni dormir durante la noche. Como a las seis de la mañana sentimos un pequeño roce contra el fondo: se había detenido la embarcación. Salimos de esa bodega a la cubierta y se nos hizo caminar por ella. Recuerdo que entonces me dirigí hacia el borde de esta barcaza: un tablón ancho iba sobre el agua hasta la orilla.

Había que pasar sobre este tablón. El espectáculo era el siguiente: nieve en el suelo y un cerco de hombres armados. Ante nosotros, camiones grandes con las luces encendidas enfocando a nuestros rostros.

Mucho frío.

Era la isla Dawson, pero eso lo sabríamos más tarde.